

Theodore Roszak

# El nacimiento de una contracultura



7ª EDICIÓN

He aquí un libro que está siendo devorado por la juventud universitaria de los Estados Unidos. Libro que nos puede dar la clave de uno de los fenómenos más misteriosos e incitantes de nuestro tiempo: el nacimiento, en pleno auge tecnocrático, de una extraña y joven contracultura. Contracultura todavía caótica y balbuciente, pero antidogmática y creativa, que aspira a una realización de todas las posibilidades del ser humano, incluyendo ¡oh novedad! las más espirituales. Ciertamente, no es esta la primera vez, a lo largo de la historia, que los centauros arremeten contra el templo de Apolo; no es la primera vez que los «marginados» del «sistema» intentan alterar su contexto cultural. Lo nuevo del caso está en que ese movimiento no lo encabezan hoy los desheredados de la fortuna, sino los hijos privilegiados de las sociedades. El nacimiento de una contracultura supone, probablemente, el análisis más lúcido y maduro escrito sobre dicho fenómeno. Con la ventaja de que su autor (35 años más joven que un Marcuse) pertenece de lleno a la generación cuyas tensiones delata.

*El arte degradado, negada la imaginación, la guerra gobernaba a las naciones.*

*¡Despertad, jóvenes de la Nueva Era!  
¡Desplegad vuestras inteligencias contra los mercenarios ignorantes! Pues llenos están los campamentos, los tribunales y las universidades de mercenarios que, si pudieran, prolongarían por siempre la guerra de los cuerpos y arruinarían la lucha de la inteligencia.*

WILLIAM BLAKE

## Prefacio

Como tema de estudio, la contracultura de que trata este libro posee todos los elementos para que el más simple sentido de precaución intelectual nos llame a huir de ella como de una plaga. Muchos colegas míos han estado en un tris de convencerme de que nunca existieron cosas tales como el «Movimiento Romántico» o «El Renacimiento»... y desde luego no existieron si llegamos hasta el punto de escrutar los fenómenos más microscópicos de la historia. A este nivel, propendemos a ver únicamente a muchos pueblos diferentes haciendo muchas cosas diferentes y pensando muchos y diferentes pensamientos. Semejantes categorizaciones, que pretenden medir anchos conjuntos de fenómenos, son más vulnerables todavía cuando se aplican a agrupar y comentar los elementos sueltos de la tormentosa escena contemporánea, y lo que es más, a comentarlos e interpretarlos. Y, sin embargo, esa concepción tan difícilmente aprehensible llamada «el espíritu de los tiempos» sigue presente en el pensamiento y exige que se la reconozca, puesto que, al parecer, es la única manera que tenemos de darle un sentido, aunque sea provisional, al mundo en que vivimos. Nos vendría muy bien, por supuesto, que estos *Zeitgeists*, tan perversamente ectoplásmicos, fuesen movimientos organizados, con su sede central, su comité ejecutivo y un buen archivo de declaraciones oficiales. Pero está claro que no es así. Por ello, estamos obligados a abordarlos o aceptarlos con un cierto temor, dispuestos siempre a permitir que tales o cuales excepciones se filtren a través del tamiz de las generalizaciones en grandes cantidades, pero siempre, también, en la esperanza de que, finalmente, lo sólido y au-

ténticamente válido será más que lo eliminado por los filtros.

Es decir, que admitimos abiertamente que gran parte de lo expuesto a continuación respecto de nuestra juvenil cultura contemporánea está sujeto a toda clase de cualificaciones. Para mí es obvio, indiscutible, que el interés de nuestros adolescentes y estudiantes por la psicología de la alienación, el misticismo oriental, las drogas psicodélicas y las experiencias comunitarias comprenden en conjunto una constelación cultural que difiere radicalmente de los valores y concepciones fundamentales de nuestra sociedad, al menos desde la Revolución Científica del siglo xvii. No obstante, soy plenamente consciente de que esa constelación tiene que madurar mucho antes de que sus prioridades constituyan norma y antes de que se desarrolle a su alrededor una cohesión social en plenitud.

En este sentido, la contracultura de la que yo hablo solamente atañe a una estricta minoría de jóvenes y a un puñado de sus mentores adultos. Evidentemente, excluye a nuestra juventud más conservadora, para la cual un poco menos de Seguridad Social y un poco más de religiosidad tradicional (amén de más y mejor represión policíaca en las calles) sería suficiente para hacer de la Gran Sociedad una cosa hermosa. Excluye también la diáspora de grupos de jóvenes marxistas de la vieja escuela cuyos miembros, al igual que sus padres antes que ellos, siguen atizando las ascuas de la revolución proletaria a la espera de una ocasión propicia para echarse a la calle. Excluye asimismo a nuestra juventud más liberal, para la que el alfa y omega de la política es sin duda, todavía, el «estilo Kennedy». Y lo que es más importante, excluye en gran medida a los militantes jóvenes negros, cuyos programas políticos se están definiendo en unos términos étnicos tan estrechos que, a pesar de su urgencia, aparecen ya culturalmente desfasa-

dos, como las mitopoyesis nacionalistas del siglo XIX. De todas formas, la situación de la juventud negra requiere un tratamiento tan especial, que requeriría características y dimensiones específicas.

Pero ha de quedar claro que cualquier justificación de esas excepciones en un debate sobre la juventud habrá de basarse en que la contracultura de los jóvenes posee importancia suficiente tanto por su alcance numérico como por su fuerza crítica, y merece una atención particular e independiente. Desde mi propio punto de vista, la contracultura más que «merecer» atención, la «exige» desesperadamente, puesto que yo al menos ignoro por completo dónde pueda encontrarse, además de entre esa juventud disidente y entre sus herederos de las próximas generaciones, un profundo sentimiento de renovación y un descontento radical susceptibles de transformar esta desorientada civilización nuestra en algo que un ser humano pueda identificar con su hogar. Esos jóvenes son la matriz en donde se está formando una alternativa futura que todavía es excesivamente frágil. Concedo que esta alternativa viene vestida de modo extravagante y abigarrado, con prendas y colores de muchas y exóticas fuentes: la psicología profunda, restos nostálgicos de la ideología de izquierdas, religiones orientales, el *Weltschmerz* romántico, la teoría social anarquista, el dadaísmo, la sabiduría india americana y, supongo, la sabiduría perenne... Creo, además, que es cosa de todos impedir la consolidación final de un *totalitarismo tecnocrático* en el que terminaríamos ingeniosamente adaptados a una existencia totalmente enajenada de todo aquello que siempre ha hecho de la vida del hombre una aventura interesante.

Si la resistencia de la contracultura fracasa, me parece que no nos queda en reserva nada, salvo lo que anti utópicos como Huxley y Orwell anunciaron (aunque no me cabe la

menor duda de que esos espantosos despotismos serían mucho más estables y eficaces de lo que previeron sus profetas). Y es que estarán equipados con técnicas de manipulación de la intimidad tan finas y discretas como una telaraña. Sobre todo, la capacidad de nuestro paraíso tecnocrático en ciernes para desnaturalizar la imaginación absorbiendo todo significado a la Razón, la Realidad, el Progreso y el Conocimiento hará que los hombres se vean forzados a considerar sus potencialidades, enojosamente incumplidas, como pura locura. Naturalmente, aparecerán terapias humanitarias que procurarán la generosa curación de estas locuras.

Posiblemente habrá muchos lectores a quienes los temas evocados en este libro les parecerán cosas sin sentido o charlatanería. No es fácil recusar el humanismo tan sensato y bienintencionado, mas no por ello menos de pacotilla, con que la tecnocracia sabe rodearse sin que parezca, a pesar de todo, un lenguaje muerto y desacreditado. Esto sucede, en especial, si admitimos –como hago yo con perdón de la escatología doctrinaria tanto de la vieja como de la nueva izquierda– que una de las posibilidades que tiene a su alcance la tecnocracia es utilizar sus hazañas industriales, su organización social, su aparatosa opulencia y sus tácticas de diversión siempre a punto, para reducir, con métodos que la mayoría de las personas considerarán perfectamente aceptables, todas las tensiones nacidas de la desorganización, la privación y la injusticia que constantemente perturban nuestras vidas. (Adviértase que no digo que ello *resolverá* los problemas, sino, más bien, que apaciguará sutilmente, como psicoterapia de acomodación, el mal neurótico.) La tecnocracia no es simplemente una estructura de poder que controla una vasta influencia de naturaleza material; es la expresión de un gran imperativo cultural, una verdadera mística profundamente refrendada por la plebe. Es, pues, una gran esponja capaz

de absorber inmensas cantidades de descontento y de agitación, a menudo mucho antes de que dejen de parecer divertidas excentricidades o aberraciones gratuitas. Así, surge la pregunta: Si la tecnocracia, en su larga marcha a través de la historia, persigue en verdad la satisfacción de valores universalmente reconocidos como La Búsqueda de la Verdad, La Conquista de la Naturaleza, La Sociedad de la Abundancia, El Ocio Creador y La Vida Equilibrada, ¿por qué no nos dejamos de historias y nos subimos de una vez al carro?

Supongo que la respuesta es que yo mismo me siento incapaz de ver nada al final del camino que estamos siguiendo con ímpetu tan confiado, salvo a los dos tristes vagabundos de Samuel Beckett bajo el árbol marchito, esperando siempre empezar a vivir, Pero yo creo que el árbol nunca llegará a ser realidad, sino una imitación en plástico. De hecho, incluso los vagabundos pueden resultar unos autómatas... aunque sus rostros mostrarán, qué duda cabe, amplias y programadas sonrisas.

## Capítulo I

**LOS HIJOS DE LA TECNOCRACIA**

La lucha de las generaciones es una de las constantes obvias de las cosas humanas. Por consiguiente, podría parecer un tanto pedante el sugerir que el conflicto entre jóvenes y adultos en la sociedad occidental durante el actual decenio es singularmente crítico. Y, sin embargo, hay que correr ese riesgo si no queremos perder de vista la más importante fuente contemporánea de disensión radical y de innovación cultural. Para bien o para mal, la mayor parte de todo lo que hoy aparece como nuevo, provocativo o sugestivo en política, educación, artes, relaciones sociales (amor, galanteo, familia, comunidad), o es creación de jóvenes profundamente, e incluso fanáticamente, alienados de la generación paterna, o lo es de quienes hablan sobre todo para los jóvenes. Es precisamente a esta juventud a quien hablan ahora los críticos radicales, con la esperanza de encontrar en ella el auditorio correspondiente; este fenómeno se produce conforme va aumentando la creencia de que los jóvenes son los que actúan, los que hacen que sucedan las cosas, los que se arriesgan, los que, por lo general, obran como estimulante o acicate. Sería sumamente interesante que el viejo proceso de desafiliación generacional dejase de ser una experiencia periférica en la vida de los individuos y la familia y se convirtiese en potente palanca de cambio social radical. Empero, si alguien cree, como yo personalmente, que los jóvenes extrañados están dando forma a algo parecido a la visión salvadora que nuestra civilización en peligro requiere, entonces no se puede eludir la necesidad de comprenderlos e instruirlos sobre el importante negocio que se traen entre manos.

Este libro hace referencia fundamentalmente a Estados Unidos, si bien es cosa anunciada a los cuatro vientos que el antagonismo generacional ha alcanzado dimensiones internacionales. Por todo Occidente (así como en Japón y parte de América latina) es la juventud la que se descubre a sí misma lanzada a la lucha como única oposición radical efectiva dentro de sus sociedades. Por supuesto, no toda la juventud; quizá debamos hablar en concreto de una minoría de las poblaciones estudiantiles de las universidades. Lo cierto es que ningún análisis existe, al parecer, que explique y dé sentido a las principales conmociones políticas de este decenio, salvo los que con aire de manifiesto lanzan minorías militantes de jóvenes disconformes en contra de la indolente política de consenso y coalición de sus mayores de clase media. Esta dicotomía generacional es un hecho nuevo de la vida política, que los jóvenes europeos han venido aceptando con mayores reservas que sus homólogos americanos. Herederos de una tradición de izquierdas institucionalizada, los jóvenes radicales de Europa propenden a considerarse todavía como los campeones del «pueblo» (significando la clase obrera) contra la opresión de la burguesía (que significa, en la mayoría de los casos, sus propios padres). De acuerdo con esto, intentan adaptarse animosamente a los modelos familiares del pasado. De una manera automática, aplican textos ideológicos de glorioso pasado para encontrar aliados: trabajadores, sindicatos, partidos de izquierda..., pero pronto descubren que, sorprendentemente, las esperadas alianzas no se materializan y que permanecen solos y aislados, una vanguardia sin huestes que la sigan.

En Alemania e Italia, los grandes partidos de la oposición de izquierda se han dejado cooptar a la corriente general de unas reglas del juego político respetables, a veces incluso entrando en coaliciones gubernamentales. A pesar de que los estudiantes alemanes (de los cuales menos de un cinco por ciento proceden de familias de clase

obrero) son capaces de exponerse a la cólera de la policía en sus marchas callejeras bajo las banderas rojas con los nombres de Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht, la repulsa que su política de calle produce es tan grande entre la burguesía como entre los trabajadores. Cuando los estudiantes de Berlín se manifiestan contra la guerra en Vietnam, los sindicatos responden (como en febrero de 1968) con contramanifestaciones de apoyo a la versión de Washington de «paz y libertad» en el Sudeste asiático.

En Gran Bretaña, la generación Aldermaston y sus desilusionados sucesores hace ya tiempo admitieron que el Partido Laborista, dispuesto a todas las concesiones para atraerse el ahora decisivo voto de la clase media, se diferencia del Conservador de una forma que apenas es perceptible. A la clase obrera británica lo único que le ha dado un asomo de espíritu de lucha en el decenio de los sesenta (aparte del normal forcejeo salarial y los agravios a su autonomía o competencia) ha sido el morbosos llamamiento para expulsar del país a los inmigrantes de color.

En Francia, los apaleados estudiantes de la Rebelión de Mayo de 1968 han tenido que contemplar cómo los melifluos PC y CGT se avenían a actuar en calidad de capataces del presidente De Gaulle para el mantenimiento de un gobierno responsable y de orden frente a la amenaza de «anarquía» en las calles. Si miles de estudiantes marchan en rebeldía a las barricadas, sus prudentes padres marchan a favor del *statu quo* por decenas de miles y votan por millones por el general y la élite de tecnócratas reclutada en la *École polytechnique* a fin de salvaguardar la nueva opulencia de Francia. Incluso los obreros de las fábricas, que convirtieron las manifestaciones de millares de estudiantes en demostraciones de millones de personas durante las primeras fases de la Huelga General de Mayo de 1968, parecen haber decidido que la esencia de la revolución es un sobre salarial más abultado.

Una y otra vez se repite la misma historia en toda la Europa occidental: los estudiantes pueden hacer tambalear sus sociedades, pero sin el apoyo de fuerzas sociales adultas no pueden derrocar el orden establecido. Y ese apoyo no se percibe por parte alguna. Por el contrario, las fuerzas sociales adultas –incluidas las de la izquierda tradicional– son en realidad el lastre de peso muerto del *statu quo*. Los estudiantes marchan cantando la Internacional, despliegan las banderas rojas y levantan en sus barricadas retratos de héroes marxistas viejos y nuevos..., pero la situación con que se enfrentan se resiste tozudamente a someterse a un análisis convencional de derechas e izquierdas. Por tanto, no es de extrañar que, resabiados, algunos estudiantes franceses comiencen a vocear el grotesco eslogan de *Je suis marxiste, tendance Groucho*. Al cabo, se ven obligados a admitir que el insalvable consenso que rechaza su disconformidad es el fenómeno generacional que los jóvenes franceses y alemanes han empezado a llamar «política de papá».

Si la experiencia de los jóvenes americanos contribuye en alguna medida a que comprendamos este dilema, ello se debe precisamente a que la izquierda de nuestro espectro político ha sufrido siempre de una patética escualidez. Por esta razón, nuestros jóvenes son mucho menos aficionados a recurrir a los depósitos retóricos del radicalismo que sus compañeros europeos. Sin embargo para nosotros, que aceptamos muy poca cosa de las viejas categorías de análisis social (al menos es lo que intentaré demostrar aquí), es una ventaja positiva el poder abordar libres de preconcepciones ideológicas anticuadas lo que haya de nuevo en la política de papá. El resultado puede ser, ciertamente, una aproximación más flexible, más experimental a nuestra situación, aunque también, quizá, en apariencia más confusa. Paradójicamente, son los jóvenes americanos, con una tradición izquierdista subdesarrollada, quienes parecen haber captado con más claridad el

hecho de que, si bien hay unos acontecimientos inmediatos (tales como la guerra de Vietnam, la injusticia racial, la pobreza, que exigen un tratamiento político de viejo estilo), la lucha suprema de nuestro tiempo se libra contra un oponente mucho más poderoso precisamente porque es menos obvio y patente y al que daré el nombre de «tecnocracia», forma social desarrollada en Estados Unidos mucho más que en cualquier otra sociedad. En cierto modo, los jóvenes americanos han percibido más de prisa que, en la lucha contra este enemigo, las tácticas tradicionales de resistencia política solo ocupan un lugar marginal, limitado principalmente a hacer frente a crisis inmediatas de vida o muerte. Más allá de estas situaciones límite, surge, sin embargo, la superior tarea de alterar todo el contexto cultural dentro del cual tiene lugar la vida política diaria.<sup>[1]</sup>

\* \* \*

Por tecnocracia entiendo esa forma social en la cual una sociedad industrial alcanza la cumbre de su integración organizativa. Es el ideal que los hombres suelen tener en mente cuando hablan de modernizar, poner al día, racionalizar o planificar. Para superar los desajustes y fisuras anacrónicos de la sociedad industrial, la tecnocracia opera a partir de imperativos incuestionables, tales como la necesidad de más eficacia, seguridad social, coordinación en gran escala de hombres y recursos, crecientes niveles de abundancia y manifestaciones del poder colectivo humano cada vez más formidables. La meticulosa sistematización que Adam Smith celebrara en su conocida fábrica de alfileres se extiende ahora a todas las áreas de la vida, dándonos una organización humana comparable a la precisión de nuestra organización mecánica material. Llegamos así a la era de la ingeniería social en la que el talento empresarial ensancha su campo de operaciones para orquestar todo el contexto humano que rodea al complejo

industrial. La política, la educación, el ocio, las diversiones, la cultura en su conjunto, los impulsos inconscientes e, incluso, como veremos, la protesta contra la tecnocracia misma, todo se convierte en objeto de examen puramente técnico y de manipulación puramente técnica. Se trata de crear un nuevo organismo social cuya salud depende de su capacidad para mantener latiendo su corazón tecnológico. Con palabras de Jacques Ellul:

La técnica requiere capacidad de predicción y, en igual medida, exactitud en la predicción. Por consiguiente, es necesario que la técnica prevalezca sobre el ser humano. Para la técnica es una cuestión de vida o muerte. La técnica debe reducir al hombre a un animal técnico, el rey de los esclavos de la técnica. La voluntad humana desaparece ante esta necesidad; frente a la autonomía de la técnica no puede haber ningún tipo de autonomía humana. El individuo debe ser modelado por técnicas, bien sea negativamente (mediante técnicas de comprensión del hombre), bien positivamente (por adaptación del hombre al marco técnico), a fin de arrancar de cuajo los sobresaltos que su determinación personal introduce en el programa perfecto de la organización. [2]

En la tecnocracia, el hombre no técnico no puede acercarse siquiera a cuestiones aparentemente pequeñas, sencillas o en principio claras. Por el contrario, la envergadura y la complejidad de todas las actividades humanas –políticas, económicas, culturales– trascienden la competencia del ciudadano amateur y exigen inexorablemente la atención de expertos especialmente capacitados. Más aún, alrededor de este núcleo central de expertos que se encargan de los problemas públicos vistos a gran escala, se extiende un círculo de expertos auxiliares que, aprovechando el prestigio social general que disfruta la tecnocracia por sus conocimientos técnicos, asume una influencia autoritaria sobre los aspectos más íntimos y aparentemente personales de la vida humana: comportamiento sexual,

educación de los niños, salud mental, esparcimiento, etc. En la tecnocracia, todo aspira a ser puramente técnico, todo está sujeto a un tratamiento profesional. Por esto, la tecnocracia es el régimen de los expertos, o de aquellos que están en condiciones de poder emplear a expertos. Entre sus instituciones fundamentales encontramos el «think-tank» (tanque de pensar), que comprende una alucinante industria de muchos miles de millones de dólares consagrada a anticipar e integrar en su planificación social literalmente a todo lo existente. De esta forma, incluso antes de que la población en general sea plenamente consciente de un fenómeno nuevo, la tecnocracia lo narcotiza y, simultáneamente, traza sus planes para adoptarlo o rechazarlo, promoverlo o desacreditarlo.<sup>[3]</sup>

En una sociedad de esta clase, el ciudadano, confrontado con problemas de dimensiones y complejidad que le llenan de confusión, siente la necesidad de traspasar su responsabilidad en todas las materias a aquellos que las conocen mejor. Ciertamente, sería violar la razón hacer otra cosa, pues universalmente se reconoce que el primer objetivo de la sociedad es mantener el aparato productivo en eficiente funcionamiento. A falta de pericia, este complejo mecanismo se atascaría irremediablemente, dejándonos en medio del caos y la miseria. Como veremos en otros capítulos, las raíces de la tecnocracia nacen muy hondo en nuestro pasado cultural y se enredan en definitiva en la visión científica del mundo propia de la tradición occidental. Mas, para nuestro propósito en este libro, bastará definir la tecnocracia como la sociedad en la cual los que gobiernan se justifican porque se remiten a los técnicos, los cuales, a su vez, se justifican porque se remiten a formas científicas de pensamiento. Y más allá de la autoridad de la ciencia ya no hay santo al que encomendarse.

Comprendida en estos términos, como producto maduro del progreso tecnológico y del *ethos* científico, la tecnocracia está en condiciones de eludir con facilidad to-